

CAPITULO III.

RITOS SUPERSTICIOSOS, QUE guardavan con sus Tecuas, y consigo mismos, desde que nacia; y lo que creian en orden à sus Difuntos.

DEsde que el gran Nayerit empuñó el Cetro de esta Provincia, ha estado el mando del gobierno anexo al Sacerdocio del que elegian para guarda del Idolo mayor, que veneravan en Toacamota; porque aunque los del Rio contentos con su Diosa Madre intentaron varias vezes eximirse de la Corona, levantando cabezillas de partido, ò Reyezuelos, que les gobernáran, nunca, ò por no unirse todos, ò por poco afortunados pudieron vér logradas sus pretensiones. Lo unico, que se estableció fué, que los Sacerdotes de los Templos, assi el de la Diosa Madre, como los que cuidavan de las otras principales Deidades, fueran de los mas distinguidos, y tuvieran voto, no solo consultivo, sino decisivo en las cosas arduas, que se ofrecian; y que la eleccion de las Personas, que les havian de suceder en el officio Sacerdotal, residiera en ellos, para que con consulta, y parecer de los mas calificados de su distrito, escogieran al que juzgáran mas idoneo para el cargo; costumbre, que se ha guardado siempre, eligiendo el Sacerdote con los Viejos de su jurisdiccion al que le ha de suceder, aunque no le sea Pariente; y el haver elegido à Cuanacrimoa, que fué una India vieja Sacerdotisa Antecessora del Tonati, no fué por ser hija del Sacerdote, que antes governava, sino por parecerles à los Consultores, que era de costumbres proporcionadas al officio; porque siempre atendian à que

tu-

tuviessé aquel lustroso empleo quien por sus sobresalientes calidades se hiziesse respetar. Por esso le avisavan desde el dia, que le elegian, para que la noticia sola le sirviera de freno, para escusar todas aquellas cosas, que pudieran disminuirle el credito, y la veneracion entre los otros.

No obstante el Guarda Idolo del Sol era como el sumo Sacerdote, à quien todos veneravan, sin que pudiesse exercer acto alguno publico qualquier otro, hasta que aquel le principiára en su Templo, como lo hazia en la bendiccion de semillas, primicias, y otras cosas semejantes, que primero se bendecian en la Mesa, y despues cada Sacerdote lo hazia en su Adoratorio, à donde concurrían todos los Feligreses de su partido. Descriviré las ceremonias, que observavan en sus bendiciones, reduciendolas à una sola, para evitar prolixidad, y escusar molestia à los que leyeren esta Historia.

Quando el maíz havia ya granado por el mes de Setiembre, no le probavan, aunque les executára la necesidad, hasta que en los Templos de sus Dioses le bendixeran sus Sacerdotes, y lo hazian con estas ceremonias. Juntos todos los Indios con sus Familias ponian los frutos, que cada uno trahía, sobre un tronco: à un lado, y otro estaban dos Indios graves, para impedir, que llegassen allí los muchachos, por estar persuadidos, que si alguno comia de aquellos frutos antes de la bendiccion (lo que rezelavan de la inadvertencia, y travessura de los niños) les castigaria su Dios con el molesto achaque de herpes. A poca distancia del tronco se sentava el que havia de tocar el arco, à cuya cuerda amarrada una batea honda dava con un palillo, de que resultava tal harmonía, que la escuchára el oído sin enfado, si el susurro destemplado de los Cantores no la confundiera. Junto al Musico se sentava el Maestro Cantor, que havia de dar el punto; y uno, y otro tenian

C

sus

sus ayudantes, para substituirles assi que se fatigassen. Ponian alli cerca una batea llena de peyote, que es una raíz diabolica, que molida bebian, para no defcaecer al quebranto de tan larga funcion. La que principiavan, formando un circulo de hombres, y mugeres, quantos podian ocupar el espacio de tierra, que havian barrido à este fin. Uno tras otro ivan bailando, ò dando zapateadas, teniendo en medio al Musico, y al Maestro de Capilla, à quien imitavan, cantando en el mismo descompassado tono, que les dava. Danzavan desde las cinco de la tarde hasta las siete de la mañana, sin parar, ni salir del circulo. Acabado el baile, paravan todos los que podian tenerse en pié; porque los mas con el peyote, y vino, que bebian, estavan incapazes de valerse de sus piernas, para mantenerse en pié, y aun para advertir la bendicion, que el sumo Sacerdote echava sobre los frutos, rociandoles con una cola de Venado, que servia de hisopo, con agua natural, y con ciertas deprecaciones, que dezia tan entredientes, que nadie las percibia. Despues señalava à uno de los viejos, que mejor le parecia, para el Sermon de gracias à su Dios, por haverles concedido vida, para llegar à vér, y probar aquellos nuevos frutos. Y me consta de algunos, que lo hazian con tal ardor, que era necessario les ayudáran los ojos con sus lagrimas à dezir lo que ya no podia con sus voces la lengua. Acabado el Sermon, repartia el Sacerdote parte de los frutos, reservando lo mas para sí; y se ivan todos à sus Rancherías à prevenirse, para las particulares bendiciones de sus Feligresías.

Lo que cantavan, assi en este, como en otros bailes, (que solo diferenciava la variedad de las circunstancias) eran unos mal concertados, y peor entendidos elogios al Sol, dignos de su barbara tosca fantasia: unas vezes lo hazian en lengua *Tepehuana*, y otros en el mas antiguo idioma *Cora*; y assi apenas

se

se hallava quien pudiesse penetrar lo que dezian. Boliendo ahora à los Sacerdotes, eran tan observantes en guardar los ritos, que conducian al culto, y veneracion de sus Dioses, que à mas de tener sus Templos limpios, y aseados siempre, no permitian, que entrara otro, que el que venia à ofrecer la flecha, que acostumbra van colgar alli, para impetrar lo que pedian à sus Idolos; y aun antes se aseguravan, si venia en ayunas, y si havian precedido los cinco dias, que devian ayunar segun sus Leyes.

Quando la peste les afligia, ò la escasez de agua atemorizava, ò les amenazava la hambre, enviava el sumo Sacerdote à sus Coadjutores, que llamavan *Topiles*, à que avisáran à todos los otros Sacerdotes, que exhortáran à sus Feligreses, à que fueren à aplacar los enojos de su gran Dios, que como à Deidad mas antigua le tributavan siempre primero, que à otro Idolo, los lloros, y fervorosas suplicas en sus plegarias. Todos enviavan flechas con sartillas de cuentas, y plumas pendientes, para que el sumo Sacerdote se las ofreciera en su nombre. Pero si implacable se hazia sordo à sus desconsuelos, acudian à la Diosá Madre con las mismas ofertas de flechas, cuentas, y plumas; y si querian gratularla mas, le ofrecian curiosos texidos de algodon. Para las necessidades mas graves acudian à estos dos Oraculos, como à Dioses mas poderosos, y de superior esfera. Para otros empeños de menos monta se ivan al Adoratorio mas cercano, donde se venerava alguno de los otros inferiores Dioses, ofreciendole por mano de su Sacerdote la flecha; y si entravan en las chozillas, que ellos mismos le havian fabricado, la adoravan como reliquia de aquel Dios, de cuyo Templo la havian descolgado; y entonces pecho por tierra se la tributavan, embolviendo en suspiros la oferta.

Si algun Templo con las injurias del tiempo se arruinava, ivan llamados del Sacerdote, que le cuidava,

C 2

dava,

dava, à reedificarle. Y en essa ocasion les era licito llevarse todas las flechas, que hallavan en el Adoratorio; pero siempre tenian el respetuoso estilo de no usar de ellas, antes que passáran cinco dias; porque temian, ò que el *Tecuat* se enojára, ò que no podrian acertar tiro con ellas, quando salieran à caza de venados: diversion, que acostumbraavan, ò mandados de los Sacerdotes, para autorizar sus funciones Eclesiasticas; ò voluntariamente, para adiestrarse à manejar el arco, y lograr la carne, y cueros de los que mataban, reservando solo las cabezas de los mas abultados, para colgarlas en los Templos de los Idolos, procurandolo assi el Sacerdote, ò Viejo, que les acompañava, ofreciendo orar por ellos: adelantavase à esse fin aquella mañana en ayunas, y trepando por alguno de los cerros, donde havia Adoratorio del Lucero, le tributava officioso una flecha por sus encomendados, que aguardavan el aviso del Sacerdote, para comenzar su caza. Y si habiendo disparado dos veces à los venados, no les mataban, tenia por señal cierta el Sacerdote, que algun lascivo inconfesso embarazava el acierto. Y juntandoles à todos, les declarava su sospecha, y exhortava à que examináran sus conciencias: y si alguno se hallava culpado, confessava alli publicamente su delito, y dava una flecha, para que se ofreciera al Idolo, y se desenojára. Acabada la caza, se ivan todos, llevando los venados, que havian flechado, y juntos en el lugar, que havian destinado, passávan lo restante del dia, y la noche entera en glotonerías, y embriaguezes: el dia siguiente se bolvia cada uno à su casa. No son menos supersticiosos los ritos, que observavan en las pescas: diversion mas ordinaria por la diversidad, y muchedumbre de pezes, que se hallan en los caudalosos rios, y arroyos, que bañan esta Sierra.

Las leyes, y ritos, que guardavan consigo mismos eran tantos, que si quisiera escribirles la pluma ha-

havia de alargar mas de lo que deseo la Historia; y assi me contentaré con referir algunos, de que se podrán inferir los muchos, que se omiten. Luego que salia à luz la criatura, buscavan sus Padres à uno de sus Tios, ò Tias, y no à otro, que no fuese ascendiente en la linea transversal desigual, y le dezian: *vès aquí à este nuestro hijo, queremos, que sea tu connombre*: admitia el convidado; y desde entonces llamavan al niño con el mismo nombre, que en su idioma tenia el Compadre. Passado un año quando ya el niño comenzava à buscar, que llevar à la boca, avisavan sus Padres al Padrino, y à todos sus vezinos, para que asistiesen à las ceremonias, que precedian à darle sal al parvulito. Barrían un pedazo de tierra, donde havian de bailar; haziendo en medio una grande hoguera, assi por lograr el beneficio de sus luzes para el baile, sin peligro de caer, como para atemperarle al sereno sus rigores, ponian junto à la lumbre à la criatura, à su madre, à la que havia de cantar, y à su ayudante, y muchas botijas de vino, para beber. Bailavan solas las mugeres con las ceremonias, que ya diximos poco ha: todas las danzarinas, y los mirones bebían cinco vezes de aquel vino, que era mui ardiente, y con medida tan excessiva, que dos solas bastavan à trabucar la cabeza mas valiente. Acabado el dia siguiente el festin, quando apenas havia quien se acordasse de sí, le davan à la criatura sal casi al modo, que se acostumbra à la que se bautiza. Los mismos ritos observavan, ya para darle la primera comida, quando tenia muelas, ya à los doze años vino, para que comenzára à hobrear con los adultos.

Quando se casavan, aunque procuravan los regozijos de la boda, no bailavan, sino al són aunque discordes de la vihuela, y rabeles, como hasta oy honestamente acostumbra en sus huelgas. Perdida en el Matrimonio la flor de la virginidad, se cortava la muger el pelo; como se lo cortan hasta oy los mas im-

media-

mediatos deudos del que muere: por ser este el único luto en sus sentimientos, y pesares. Luego que moria algun Indio le vestian, y embuelto en una manta con su arco, y carcax, si era varon; ò si era muger con su leñador, y huso, le llevaban à la cueva, que antes havia elegido para enterrarse. Assi que sacavan el cuerpo, ponian todo lo que havia dexado à la puerta de la casa, para que lo cuidára, sin serle necessario entrar en lo interior à buscarlo, por estar persuadidos, que vendria el difunto à vér lo que dexava, y para escusar tan funesto compañero en la misma casa, le ponian fuera el atractivo de sus cuidados. Pasados cinco dias, pagavan à uno, ò dos hechizeros, para que con sus conjuros ahuyentáran aquella imaginada sombra, que les sobrefaltava. Entravan estos con las pipas, humeando por toda la casa, y con unas ramas de un arbol, que llaman *zapot* ivan espantando por todos los rincones, hasta que (como ellos persuadian à los caseros) encontravan aquel soñado affombro, y le conjuravan, para que se fuera al lugar de su descanso. Si acaso tenia el difunto Vacas, quando vivia, le ponian de quando en quando en el campo sobre unos palos un pedazo de carne, por temer, que aunque à fuerza de los conjuros havia fallido de la casa, que el amor de su ganado le havia de traer algunas vezes à buscar algun sustento; y para escusar, que le pidieffe, se lo ponian, donde no él, (que nunca pudiera venir) sino los buitres, ò los perros se lo comian.

A los niños de pecho, quando morian, untavan con leche sus Madres los labios, para que pudieran llegar al lugar de su descanso. El feno de los parvulos, y el de los adultos, que morian de alguna enfermedad en su barbara creencia era uno mismo. Los que fallecian de muerte violenta imaginavan, que se ivan à la Region del aire; y assi, quando solia caer alguno de los globos de luz, creían, que era
algun

algun *Merit* (nombre, con que llaman al que murió violentamente) que venia à espantarles. A la Region destinada à los que acaban con muerte natural llamavan *Mucchita*, que quiere dezir *lugar de muertos*: que es lo mismo, que los Mexicanos nombravan *Mistlan*, y que ahora à fuerza de la predicacion entienden por el Infierno, lugar verdaderamente de muertos, por serlo en otro mui diferente sentido del que pensavan, todos los que allá paran. Está *Mucchita*, como ellos se figuravan, cerca del Real del Rosario en un cerro lleno de cuevas, rodeado todo de moradores respetables con cerquillo, que cuidan de aquellas almas, que de dia se dexan vér en figura de moscas, buscando, que comer; y de noche, bailando en su propia figura. Y aunque alli no padecen alguna pena, ni desean bolver à vivir, como neciamente se persuadian, le fuera facil à qualquiera el sacar de aquel lugar la alma, que quisiera, si no fuera por la llorada inconsideracion de cierto Indio, à quien le sucedió lo que contaré, para divertir la sequedad de este capitulo.

Vivia este en el rio de Santiago casado, y dexando cierto dia à su muger buena, y sana, se fué à buscar sal à la costa de tierra caliente, y de buelta ya, la encontró en el camino; y aunque la requirió, à donde iba? Ni le habló palabra, ni se detuvo; siguióla el marido, dexando sobre una peña el tercio de sal, que trahía cargado, y vió, que se entrava en *Mucchita*, de que adivinando lo que havia sucedido, empezó à llorar su viudedz; acertaron à passar por alli los Custodios de aquel Infierno; les contó sus desconfuelos. Compadecidos aquellos Personages de sus lagrimas le dieron unas varillas, diziendole, que à la noche, quando saliera à bailar, la flechára con una de ellas, y que si acertava à herirla, lograria, que ella le conocieffe, y bolverla à su casa. Pero que advirtiera, que la havia de llevar con especial cuidado, hasta
lle-

llegar à su tierra; donde havia de tratarla blandamente, sin gritarla, ò reñirla, hasta que con el tiempo cobrara fuerza aquella alma; porque al eco solo de una voz alta moriria eternamente, y no podria ya ni el, ni otro sacar de aquel lugar alma alguna. Cogió el Indio las varillas, y luego que vió à su muger, bailando acertó à flecharla en una pantorrilla, con que ya conoció al marido; llevola este con el cuidado, que se le havia advertido. Llegado à su casa, supo como havia muerto el mismo dia, que la encontró. Para festejar el regozijo de su resurreccion convidó à todos sus parientes; y como el paradero de todos los convites era la embriaguéz, abrió las botijas, para que bebieran todos. Por ser el que estava mas alegre, repetia mas los brindis, de que le resultó lo que otras vezes, y el prorrumpir en aquellas furias, à que provoca el vino, dando tales gritos, que llegaron à oídos de aquella tierna alma; quien solo de este achaque murió segunda vez, y se fué à *Mucchita*, donde yace eternamente sepultada.

Estos, y otros delirios, que creían los Nayeritas voluntariamente ciegos, por haver estado tanto tiempo sordos, sin querer dar oídos à la predicacion Evangelica, están ya tan del todo borrados, que como veremos al fin de esta Historia, qualquiera juicio dictamen sentenciará à su favor, viendose ya claramente, que han seguido el consejo del Apostol, despojandose de todos los errores, con que en las tinieblas de su antigüedad estaban embueltos, vistiendose ahora del brillante hermoso traje de la verdad, sacudiendo el pesado yugo, con que Lucifer les dominava, baxando las cabezas al suave de nuestra Ley, y abrazando la Cruz de Christo tan de veras, que alegre, y aun admira à quantos oy les comunican, siendo

ya mansos corderos los que antes eran

temidos como Lobos

carniceros.

CA-

CAPITULO IV.

DILIGENCIAS, QUE PARA CONSEGUIR la reduccion del Nayar, se executaron desde los principios del siglo passado.

LA importancia de la Conquista del Nayar era tan manifesta, que obligó especialmente en estos ultimos años à muchos zelosos, ya à informar à su Magestad, ya à procurar por sí hallar algun resquicio, para introducir en esta Region de sombras la luz del Evangelio, por ser este el unico terreno, que en toda la nueva España havia quedado, en que se ofrecian adoraciones al Demonio, conservando en los Idolos sus ritos supersticiosos, y sus immundos Adoratorios, donde, desterrada la verdad, solo se venerava la mentira. Y crecía la confusion, y la lastima, por estar situada esta Provincia casi en el corazon de esta tan florida, como fervorosa Christiandad, rodeada de Pueblos Christianos, sin que le comunicassen la salud, antes quedavan muchas vezes algunos tocados del contagio, y enfermedad de los Nayeritas, incurable al parecer de los mas experimentados; porque no solo no solicitavan Medico para su curacion, pero ni aun admitian el remedio, entrandoseles hasta sus puertas, rebalsandose alli los malignos humores de todo el Reino, por hallar en esta Sierra abrigo los delinquentes, que causavan no pequeños estragos en las Ciudades, y refugiados en estas barrancas, no solo viciavan mas à sus habitantes, sino que creciendo hasta lo sumo su insolente orgulloso atrevimiento, salia fuera de sus limites con funestas lastimosas ruínas. Assi se experimentó año 1702 en el sedicioso tumulto de la Sierra de Tepique inmediata

D

fron-